

TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN *EL CAMINO* DE MIGUEL DELIBES: UNA MIRADA AMBIGUA SOBRE EL PROGRESO EN LA ESPAÑA DE POSGUERRA

Khassoum TOURE

Doctorant, UFR de Lettres et sciences Humaines
Université Gaston Berger de Saint-Louis
tourekha@yahoo.fr

Résumé : Ce travail analyse *El camino* (1950) de Miguel Delibes comme une œuvre emblématique de la réflexion sur la tension entre tradition et modernité dans l'Espagne de l'après-guerre. À travers le regard rétrospectif et enfantin de Daniel, el Mochuelo, le roman met en scène un monde rural profondément enraciné dans la nature, les valeurs communautaires et la continuité des pratiques traditionnelles. La relation intime avec le paysage, les rythmes naturels et les activités artisanales contribuent à la construction d'une identité individuelle et collective fondée sur l'appartenance et la proximité. Cependant, cette tradition apparaît également comme un système de contrôle social rigide, soutenu par la religion, la pression communautaire et l'idéologie national-catholique du premier franquisme. La morale religieuse, l'obsession de l'honneur et la surveillance du « qu'en dira-t-on » limitent sévèrement la liberté individuelle, en particulier celle des femmes et des jeunes, et favorisent l'immobilisme social et le fatalisme. La modernité, qui s'introduit progressivement par l'éducation, le conflit générationnel et l'ouverture vers la ville, n'est pas présentée comme une libération totale. La décision de Daniel de quitter le village symbolise à la fois l'espoir d'émancipation et la douleur du déracinement. Delibes construit ainsi une vision ambivalente du progrès, perçu simultanément comme une nécessité historique et comme une source de perte affective et humaine.

En définitive, *El camino* propose une critique nuancée de la modernisation franquiste, refusant toute opposition manichéenne entre tradition et modernité. Le roman invite à penser la modernité comme une relecture critique de la tradition, capable de préserver ses valeurs humaines tout en rejetant ses mécanismes oppressifs, plaçant la liberté, la responsabilité et la dignité individuelle au cœur du changement social.

Mots-clés: Tradition; Modernité; Miguel Delibes; Contrôle social; Espagne franquiste.

TRADITION AND MODERNITY IN *EL CAMINO* BY MIGUEL DELIBES: AN AMBIGUOUS VIEW OF PROGRESS IN POST-WAR SPAIN

Abstract: This study examines *El camino* (1950) by Miguel Delibes as a key novel in the literary exploration of the tension between tradition and modernity in post-war Spain. Through the retrospective and childlike perspective of Daniel, el Mochuelo, the novel portrays a rural world deeply rooted in nature, communal values, and traditional ways of life. The intimate bond between the protagonist and the landscape contributes to the construction of both personal and collective identity, grounded in belonging, continuity, and proximity to the natural environment. At the same time, tradition is depicted as a rigid system of social control, reinforced by religion, communal surveillance, and the national-Catholic ideology of early Francoism. Moral repression, obsession with honor,

and the pressure of social judgment severely restrict individual freedom, particularly that of women and younger generations, fostering social stagnation and fatalism. Modernity enters the valley through education, generational conflict, and the prospect of urban life, but it is not presented as an unequivocal form of liberation. Daniel's departure for the city symbolizes both the promise of emancipation and the pain of emotional and cultural loss. Delibes thus constructs an ambivalent vision of progress, understood simultaneously as a historical necessity and as a process entailing significant human costs.

Ultimately, *El Camino* offers a nuanced critique of Francoist modernization, rejecting any simplistic opposition between an idealized past and a triumphant future. The novel invites readers to conceive modernity as a critical reappropriation of tradition, capable of preserving its human values while rejecting its oppressive structures, and places freedom, responsibility, and human dignity at the center of social change.

Keywords: Tradition; Modernity; Miguel Delibes; Social Control; Francoist Spain.

Introducción

El debate entre tradición y modernidad ocupa un lugar central en la narrativa española de la posguerra, especialmente en aquellas obras que se interrogan sobre el impacto del progreso en las estructuras sociales y culturales del mundo rural.

Tras la Guerra Civil, la literatura española se convierte en un espacio privilegiado de reflexión sobre una sociedad marcada por la pobreza, el aislamiento y el inmovilismo, pero también por la irrupción paulatina de la modernización y del éxodo rural. En conjunto, la narrativa española de la posguerra utiliza el espacio rural como un laboratorio simbólico desde el cual explorar las contradicciones del progreso. Lejos de oponer de manera simplista tradición y modernidad, estas obras construyen una reflexión compleja en la que la crítica al atraso convive con la denuncia de una modernización deshumanizadora. En este contexto, *El camino* se inscribe plenamente en una tradición literaria que problematiza el cambio social y cuestiona los discursos triunfalistas del progreso en la España de posguerra.

Numerosos novelistas de la posguerra sitúan sus relatos en espacios rurales para mostrar las tensiones entre un orden tradicional, regido por valores comunitarios y jerarquías rígidas, y las promesas - a menudo ambiguas - del progreso. Por ejemplo, en *La familia de Pascual Duarte* (1942), Camilo José Cela presenta un mundo campesino dominado por la violencia, la miseria y el fatalismo, lejos de cualquier idealización de la tradición. Aunque la modernidad apenas se insinúa, la novela pone de manifiesto los límites y la brutalidad de un entorno rural anclado en el atraso, lo que cuestiona la supuesta armonía del mundo tradicional.

Otras obras refuerzan esta problemática desde perspectivas diversas. En *Réquiem por un campesino español* (1953) de Ramón J. Sender, el mundo rural aparece atravesado por la injusticia y la violencia estructural, mientras que el progreso y el cambio social se asocian a la ruptura del orden establecido y al conflicto.

La riqueza temática de *El camino* (1950) ha suscitado interpretaciones diversas, que ponen de relieve la complejidad de la novela y la multiplicidad de significados que encierra la figura de Daniel, el Mochuelo.

En esta línea, Sara Fernández Medina sostiene que Daniel simboliza la denuncia del abandono del campo y de la migración hacia las grandes ciudades españolas, convirtiéndose en el emblema de una transformación histórica que afecta profundamente al mundo rural. (Fernández Medina, 2008, p. 35) Por su parte, Leo Hickey interpreta al protagonista Daniel como el símbolo de una niñez caracterizada por la búsqueda de la autenticidad, entendida como una forma de preservar los valores humanos frente a las convenciones del mundo adulto. (Hickey, 1968, p. 17) Estas aproximaciones ponen de manifiesto la riqueza simbólica del personaje y evidencian que *El camino* trasciende el relato de iniciación para convertirse en una reflexión sobre los cambios que experimenta la sociedad española de posguerra.

Pero a través de la mirada infantil de Daniel, el Mochuelo, Delibes muestra tanto el apego afectivo al espacio rural y a sus valores humanos-la solidaridad, el contacto con la naturaleza, la vida comunitaria-como la conciencia de sus límites: el conservadurismo moral, la represión social y la falta de horizontes vitales. La marcha del protagonista a la ciudad simboliza la entrada en la modernidad, vivida no como una liberación plena, sino como una pérdida inevitable, lo que confiere a la novela su carácter ambivalente.

Por eso *El Camino* se erige como una novela emblemática que problematiza la tensión entre un universo tradicional, arraigado en valores comunitarios y en una relación orgánica con la naturaleza, y las exigencias de la modernización impulsadas por el discurso dominante del progreso.

La elección de este tema se justifica por la vigencia crítica de la obra y por su capacidad para ofrecer una reflexión compleja sobre los procesos de cambio social en la España franquista. Lejos de proponer una visión maniquea, Delibes construye un relato matizado que revela tanto los límites de la tradición como los costos humanos y afectivos de la modernidad. Desde esta perspectiva, la problemática que guía el presente estudio puede formularse del siguiente modo: ¿cómo representa *El camino* el conflicto entre tradición y modernidad y qué implicaciones ideológicas y simbólicas se desprenden de dicha representación?

La hipótesis de este trabajo sostiene que Delibes recurre a la mirada infantil y al espacio rural como estrategias narrativas no solo para cuestionar críticamente el discurso hegemónico del progreso, sino también para construir una visión ambivalente de la modernización: por un lado, pone de relieve la pérdida de valores humanos fundamentales asociada al avance moderno y, por otro, evita idealizar de forma absoluta la tradición y la vida campesina, presentando ambas como realidades atravesadas por tensiones, límites y contradicciones. El objetivo principal consiste, por tanto, en analizar cómo la novela articula esta tensión a través de la construcción de los personajes, del espacio y de los motivos simbólicos.

La aproximación metodológica adoptada combina el análisis textual con una lectura contextual e ideológica, apoyándose en aportes de la crítica literaria sobre Delibes y en reflexiones teóricas sobre la modernidad y la memoria.

1. Tradición y arraigo en el mundo rural

En *El camino*, la naturaleza no se limita a constituir el marco del relato, sino que se convierte en un elemento fundamental para comprender la vivencia del protagonista y la organización cultural de la comunidad rural. A través del vínculo íntimo y perceptivo

que Daniel establece con el valle, la novela pone de manifiesto una relación profunda entre el individuo y su entorno, que contribuye a configurar su identidad. Al mismo tiempo, el mundo natural actúa como soporte del sistema cultural tradicional, al estructurar los ritmos de la vida colectiva, las actividades laborales y la transmisión de valores. Esta doble dimensión-personal y comunitaria-permite entender la naturaleza como un espacio de pertenencia que articula tanto la subjetividad del protagonista como la continuidad del orden social del valle.

1.1. *El apego a la naturaleza*

En *El camino*, la naturaleza ocupa un lugar central en la experiencia vital del protagonista y se configura como un espacio de apego profundo, construido a partir de una relación sensorial, afectiva e íntima con el entorno. Desde el inicio de la novela, Daniel, el Mochuelo, manifiesta una vinculación intensa con el valle que trasciende la mera percepción paisajística y se inscribe en su manera de estar en el mundo. Este apego se revela de forma especialmente significativa en la noche de insomnio previa a su partida a la ciudad, momento en el que la inminencia del viaje activa un ejercicio de rememoración centrado en la experiencia del mundo natural.

La evocación del valle se articula a través de una percepción sensorial intensa, en la que los olores, los sonidos y la atmósfera nocturna configuran un universo familiar y protector. Así lo expresa el narrador cuando señala:

Al regresar, ya de noche, al pueblo, se hacía más notoria y perceptible la vibración vital del valle. Los trenes pitaban en las estaciones diseminadas y sus silbidos rasgaban la atmósfera como cuchilladas. La tierra exhalaba un agradable vaho a humedad y a excremento de vaca. También olía, con más o menos fuerza, la hierba según el estado del cielo o la frecuencia de las lluvias. A Daniel, el Mochuelo, le placían estos olores, como le placía oír en la quietud de la noche el mugido soñoliento de una vaca o el lamento chirriante e iterativo de una carreta de bueyes avanzando a trompicones por una cambera. (Delibes, 1950, p. 23).

Estos elementos sensoriales no funcionan únicamente como recursos descriptivos, sino como marcas de una relación afectiva con el entorno. El mugido de las vacas, el olor de la tierra húmeda o el sonido de la carreta constituyen referencias estables que anclan al protagonista en un espacio conocido y cargado de significado. La naturaleza se presenta así como un refugio emocional, cuya pérdida se vive con angustia ante la perspectiva de la separación.

Este sentimiento se intensifica en el recuerdo de aquello que Daniel dejará atrás durante su estancia en la ciudad. La imposibilidad de ver el “hilo fosforescente” del valle o de respirar la “atmósfera densa” impregnada de aromas rurales refuerza la dimensión identitaria de la naturaleza, concebida como un componente esencial de su vida:

Habrían de pasar tres meses sin ver aquel hilo fosforescente [...] o sin respirar aquella atmósfera densa, que se adentraba ahora por la ventana abierta, hecha de aromas de heno recién segado y de resacas boñigas. Dios mío, ¡qué largos eran tres meses! [...] Le gustaba al *Mochuelo* sentir sobre sí la quietud serena y reposada del valle, contemplar el conglomerado de prados, divididos en

parcelas, y salpicados de caseríos dispersos (Delibes, 1950, p. 20).

La noción de naturaleza que emerge de estos fragmentos es amplia e integradora, pues no se limita a la flora, sino que abarca la fauna, los cursos de agua, el relieve y el conjunto de elementos que conforman el ecosistema del valle. Se trata de una naturaleza vivida y experimentada cotidianamente, que estructura la relación del individuo con su entorno y contribuye a la construcción de su identidad personal.

Asimismo, la novela presenta la naturaleza como un espacio de libertad y de belleza constante, incluso en condiciones adversas. Los días de lluvia no suponen una ruptura de la vida infantil, sino que propician nuevas formas de sociabilidad y de imaginación, como las conversaciones en el pajar, donde los niños evocan recuerdos y proyectan deseos futuros. Este desplazamiento de la experiencia hacia otros espacios rurales refuerza la idea de una naturaleza protectora, capaz de adaptarse a las circunstancias sin perder su función integradora. Las descripciones del paisaje, especialmente las del despertar del valle al amanecer, subrayan esta relación armónica entre el ser humano y su entorno. El canto de los pájaros y la intensificación de los aromas vegetales transmiten la sensación de una naturaleza animada y acogedora, en la que Daniel encuentra su lugar: “El valle despertaba al nuevo día con una fruición aromática y vegetal...” (Delibes, 1950, p. 197).

De este modo, el apego de Daniel a la naturaleza se construye a partir de una experiencia sensorial continua que convierte el paisaje en un espacio íntimo, cargado de afectividad y profundamente vinculado a su identidad.

1.2. La naturaleza como soporte del sistema cultural tradicional y de su interiorización

Más allá de esta dimensión afectiva individual, la naturaleza en *El camino* desempeña una función estructurante en la vida colectiva del valle y actúa como soporte del sistema cultural tradicional. El entorno natural se integra plenamente en el conjunto de valores de la comunidad y participa activamente en la transmisión de prácticas, ritmos y formas de sociabilidad heredadas. A través del contacto cotidiano con el paisaje, los personajes interiorizan una relación con el mundo basada en la continuidad, la familiaridad y la pertenencia.

En este sentido, los sonidos y olores del valle funcionan como un auténtico lenguaje comunitario, expresión de un mundo regido por ritmos ancestrales. El mugido de las vacas o el chirrido de la carreta de bueyes no son meros elementos ambientales, sino manifestaciones de un sistema cultural compartido que transmite valores de estabilidad y permanencia. La repetición de estos ritmos cotidianos contribuye a la construcción de una identidad colectiva arraigada en la experiencia del mundo rural.

La naturaleza se presenta también como la base material de las actividades económicas y artesanales que sostienen la comunidad. La fertilidad del valle permite el desarrollo de oficios tradicionales, entre los que destaca el de quesero, encarnado por el padre de Daniel. Este trabajo, estrechamente vinculado a los recursos naturales del entorno, garantiza la subsistencia familiar y se inscribe en una economía de proximidad

basada en la suficiencia y el equilibrio con el medio. Daniel crece inmerso en este universo laboral y sensorial, y manifiesta desde muy temprano una atracción profunda por el trabajo de su padre y por todo aquello que lo rodea:

Todo, en su casa, olía a cuajada y a requesón. Ellos mismos eran un puro y decantado olor. Su padre llevaba aquel tufo hasta en el negro de las uñas de las manos. A veces, Daniel, el Mochuelo, no se explicaba por qué su padre tenía las uñas negras trabajando con leche o por qué los quesos salían blancos siendo elaborados con aquellas uñas tan negras [...]. Por su parte, se conformaba con tener una pareja de vacas, una pequeña quesería y el insignificante huerto de la trasera de su casa. No pedía más. Los días laborables fabricaría quesos, como su padre, y los domingos se entretendría con la escopeta, o se iría al río a pescar truchas o a echar una partida al corro de bolos. (Delibes, 1950, p. 30).

El contacto cotidiano con la materia prima-la leche, los animales, los ritmos del trabajo manual-favorece la interiorización de valores como la constancia, la humildad y la continuidad. El deseo de Daniel de reproducir en el futuro una forma de vida similar a la de su padre, limitada a unas pocas vacas, una pequeña quesería y un huerto doméstico, expresa la asimilación de una concepción de la existencia fundada en la proximidad y el respeto por los ciclos naturales.

Este sistema cultural tradicional no se reduce a un conjunto de costumbres heredadas, sino que organiza la vida social, moral y simbólica de la comunidad. La tradición actúa como principio de cohesión, pero también como mecanismo de regulación, estableciendo jerarquías implícitas y delimitando lo permitido y lo marginal. La transmisión de valores se realiza a través de la familia, la escuela y la Iglesia, apoyándose en la oralidad y en la experiencia directa, en contraste con los saberes abstractos asociados al mundo urbano.

En este contexto, la fascinación de Daniel por la fuerza física, encarnada en la figura de Paco, el herrero, revela la primacía concedida al trabajo corporal y a la utilidad práctica. El cuerpo musculoso del herrero, descrito mediante imágenes de raigambre natural-“antebrazos gruesos como troncos de árboles”-, se erige en modelo de virilidad y autenticidad. A través de esta admiración, Daniel interioriza una jerarquía de valores en la que el prestigio social se fundamenta en la fuerza, la destreza y la resistencia, y no en la inteligencia abstracta o la formación académica.

La oposición entre Paco y Ramón, el hijo del boticario, refuerza simbólicamente esta jerarquización al contraponer el cuerpo vigoroso del trabajador rural a la fragilidad asociada al mundo urbano y burgués. De este modo, la naturaleza no solo sostiene materialmente el sistema cultural tradicional, sino que participa activamente en su interiorización ideológica, anticipando el conflicto entre tradición y modernidad que atraviesa toda la novela.

2. Tradición, modernidad y conflicto generacional en *El Camino*

En *El camino*, Miguel Delibes retrata una sociedad rural profundamente marcada por la tradición, la moral católica y la presión comunitaria, elementos que durante el primer franquismo contribuyen a consolidar un sistema de control social sobre la vida individual. La Iglesia, la vigilancia colectiva y la interiorización de normas morales configuran un orden rígido que regula las conductas, especialmente en lo relativo a la sexualidad, el honor y el papel de las mujeres. Sin embargo, este universo aparentemente estable comienza a verse cuestionado por la irrupción de la modernidad y por la actitud crítica de las generaciones más jóvenes. A través de la ironía y de los recuerdos de Daniel, la novela pone en escena el conflicto entre tradición y cambio, mostrando cómo el deseo de libertad, la búsqueda de autonomía y la transformación de las mentalidades abren fisuras en el orden moral heredado.

2.1. Tradición, Iglesia, nacionalcatolicismo y control social

En el valle donde transcurre la historia de *El Camino*, la tradición constituye el eje central de la vida cotidiana. Miguel Delibes construye un universo en el que la Iglesia y los valores heredados condicionan la conducta de los habitantes, limitando la libertad individual y consolidando un orden rígido. Durante el primer franquismo, la influencia del nacionalcatolicismo se manifiesta no solo en la autoridad directa de los representantes eclesiásticos, como don José o la Guindilla mayor, sino también en la interiorización de normas y costumbres que regulan la vida privada y pública. Estos personajes encarnan un poder moral que vigila el comportamiento de los vecinos, imponiendo límites especialmente estrictos sobre la autonomía de las mujeres y controlando la sexualidad, los rituales y los festejos del pueblo.

La sociedad misma refuerza este control mediante la presión social y la curiosidad mal sana. El qué dirán constituye un mecanismo de vigilancia invisible pero efectivo: cada desgracia ajena se convierte en motivo de rumor y crítica, limitando la libertad individual y generando ansiedad constante.

La religión católica y la tradición constituyen en la novela dos pilares fundamentales del sistema de control social que rige la vida de los habitantes del valle. Ambas funcionan de manera complementaria y contribuyen a imponer una moral rígida que limita severamente las libertades individuales, en particular las de las mujeres. La Guindilla mayor encarna de forma ejemplar esta mentalidad represiva, al interiorizar y reproducir los preceptos morales impuestos por la Iglesia y legitimados por la tradición.

Basándose en una interpretación estricta de la religión católica, la Guindilla mayor considera que toda mujer debe abstenerse de cualquier relación con un hombre antes del matrimonio, incluso de salir con él en intimidad. Esta concepción no distingue entre el deseo, el afecto o el acto sexual: cualquier contacto fuera del marco matrimonial es percibido como una falta moral grave. Por ello, la simple excursión que su hermana Irene realiza con Dimas a los bosques se transforma, a sus ojos, en un auténtico escándalo, como se pone de manifiesto en la conversación que mantiene con el cura del pueblo:

-Escúcheme con atención, don José –dijo-, tengo una horrible duda. Una duda que me corroe las entrañas. Irene, mi hermana, es ya una prostituta, ¿no es eso? [...]

-Escucha-dijo-, no es una prostituta la mujer que se da a un hombre por amor. La prostituta es la que hace de su cuerpo y de las gracias que Dios le ha dado un comercio ilícito; la que se entrega a todos los hombres por un estipendio. ¿Comprendes la diferencia?

-Padre, de todas maneras, lo que ha hecho Irene es un gravísimo pecado, un asqueroso pecado, ¿no es cierto?

-Lo es, hija-respondió el cura-, pero no irreparable. Creo conocer a don Dimas y no me parece mal muchacho. Se casarán...

Lola, la Guindilla mayor, [...] recortó un cartoncito de una caja de zapatos, tomó un pincel y a trazos nerviosos escribió: "Cerrado por deshonor". Bajó a la calle y lo fijó a la puerta de la tienda. (p. 42).

El diálogo con el párroco resulta especialmente revelador, ya que muestra cómo la religión no solo legitima esta represión, sino que la normaliza. Aunque el sacerdote introduce un matiz al diferenciar entre amor y prostitución, confirma que el comportamiento de Irene constituye un "gravísimo pecado", independientemente de que haya habido o no relaciones sexuales. De este modo, la Iglesia sanciona una moral basada en la vigilancia de los comportamientos y en la negación de la libertad afectiva, reforzando una concepción culpabilizadora del deseo. [Lo que se desprende de este diálogo se relaciona más con el control social que con la acción de la iglesia, ya que el cura procura ser más comprensivo y tierno que su feligrés. Además, la Guindilla representa la maledicencia, la hipocresía y el peso de las convenciones sociales y religiosas del pueblo. Entonces, hay que tener cuidado, ya que Delibes se posiciona él mismo contra el fanatismo religioso imperante en los primeros años de posguerra...].

A esta represión religiosa se suma el peso de la tradición, cristalizada en la noción de honra. La reacción de la Guindilla mayor, que decide cerrar la tienda familiar y colocar en la puerta el cartel «Cerrado por deshonor», ilustra la violencia simbólica que ejerce la comunidad sobre quien se aparta de las normas establecidas. La desproporción entre el acto cometido-una simple salida al campo-y el castigo impuesto pone en evidencia el carácter opresivo de un sistema que antepone la apariencia moral y la reputación social a la felicidad individual.

Pero Irene, enamorada ya del banquero, no contaba romper la relación con Dimas. Es más, decidieron ambos escaparse a la ciudad para vivir mejor su intimidad. A su vuelta, la Guindilla menor, de su fuga con el banquero del pueblo, su hermana, Lola, la Guindilla mayor se volvió furiosa. Todo lo que le interesaba era saber si su hermana tuvo sexo con Dimas durante su estancia en la ciudad. La Guindilla mayor es tan devota que nunca quiso pronunciar la palabra sexo al preguntar a su hermana:

-Irene, ¿has...?

-He...

- ¡Dios mío!

-Me engañó.

- ¿Te engañó o te engañaste?

-Como quieras, hermana.

- ¿Era tu marido cuando...?
 -No... No lo es ahora, siquiera.
 - ¡Dios mío! ¿Esperas...?
 -No. Él me dijo... él me dijo...
 Se le rompió la voz en un sollozo. Se hizo otro silencio. Al cabo, la Guindilla mayor inquirió:
 - ¿Qué te dijo?
 -Que era machorra.
 -Ya sabes lo que has hecho, ¿verdad? Has tirado la honra. La tuya, la mía y la de la bendita memoria de nuestros padres. (p. 62).

La insistencia obsesiva en la honra constituye una crítica indirecta al régimen franquista, que se reclamaba heredero de la España de los Reyes Católicos. Durante el reinado de estos, así como a lo largo del Siglo de Oro español, la honra ocupaba un lugar central en la organización social. La honra designaba la opinión que los demás tenían sobre la virtud de un individuo y su manera de vivir conforme a unas convenciones sociales rígidas. Junto a ella, el honor también desempeñaba un papel fundamental. A diferencia de la honra, el honor se vinculaba a la limpieza de sangre y se concebía como una cualidad heredada desde el nacimiento, estrechamente relacionada con la nobleza y la riqueza. Se trataba, por tanto, de un atributo propio de las clases altas, que implicaba el respeto de los estamentos inferiores y suponía un comportamiento ejemplar por parte de quien lo poseía.

Perder la honra era lo peor que podía sucederle a una persona. En las obras clásicas, su reparación exigía una venganza inmediata, lo que llevaba al personaje afectado a arriesgar su vida o incluso a matar al responsable de la ofensa. Daniel, el Mochuelo, muy crítico con la Guindilla mayor, recuerda este episodio cargándolo de una fuerte ironía. El delirio de la Guindilla mayor, y sobre todo el motivo que lo desencadena, pone de manifiesto la falta de sensatez de una ideología franquista que, en pleno siglo XX, pretendía restaurar prácticas arcaicas propias de épocas medievales.

Mediante la exageración y la ironía, el narrador ridiculiza esta mentalidad arcaica y denuncia un orden social que, en nombre de la religión y la tradición, sofoca cualquier intento de emancipación personal. En el valle, la libertad no es concebida como un derecho, sino como una amenaza al equilibrio moral de la comunidad. Así, la novela presenta la religión y la tradición no como valores protectores, sino como mecanismos de control que perpetúan la represión y el inmovilismo social. Delibes muestra que los habitantes están obsesionados por la vida privada de los demás y que los cotilleos funcionan como un instrumento de control social. Las Lepóridas y el factor Cuco son ejemplos de cómo los rumores circulan rápidamente, ampliando el efecto de la vigilancia colectiva. Cuando Irene, hermana de la Guindilla mayor, regresa de su fuga, el pueblo entero se congrega en su casa bajo pretextos triviales, ansioso por espiar y juzgar: leLgaron después la Basi, la criada del boticario; Uca, la del Chano; María, la Chata, que también tenía el vientre seco; Sara, la Moñiga; las otras cuatro Lepóridas; Juana, el

ama de don Antonino, el marqués; Rufina, la de Pancho, que desde que se casó tampoco creía en Dios ni en los santos, y otras veinte mujeres más. Salvo las cuatro Lepóridas, todas iban a comprar sal y todas oían pisadas arriba o se inquietaban, al ver luz en los balcones, por la carrera del contador. (p. 68).

Este comportamiento revela cómo tradición y religión se combinan con la vigilancia mutua, reforzando la autocensura y la inhibición personal. La población no se limita a obedecer normas impuestas: internaliza el miedo a la opinión ajena, y así cada acción se convierte en posible objeto de crítica y juicio. A esta presión social se añade la superstición, que refleja la falta de educación crítica y científica en el valle. Los habitantes muchas veces interpretan los sucesos mediante fuerzas sobrenaturales. Fue el caso cuando vieron un pájaro en el ataúd del Tiñoso. Inmediatamente, lo interpretaron de una manera irracional, diciendo que la presencia del pájaro en el ataúd del Tiñoso era un milagro, al ignorar que fue Daniel el que lo puso en el ataúd por el cariño que le tenía a su amigo. Sabiendo que a su amigo el Tiñoso le gustaban mucho los pájaros, le hizo aquel gesto de cariño sin que nadie se diera cuenta en el pueblo.

El narrador ironiza sobre la superstición del pueblo al afirmar que los pájaros habían venido a acompañar al difunto en su último domicilio, cuando en realidad se trataba de un acto íntimo de cariño. Delibes sugiere que esta ignorancia no es natural, sino fomentada por el sistema educativo limitado y por una evangelización orientada a mantener la obediencia. La censura de toda producción artística o literaria que pudiera despertar reflexión crítica refuerza el control del Estado y del nacionalcatolicismo sobre la sociedad. La combinación de tradición, presión social, superstición y manipulación ideológica garantiza que los jóvenes del valle permanezcan subordinados y que la autonomía individual sea constantemente reprimida.

Finalmente, la obra evidencia que la limitación de la libertad en el valle no solo proviene de la Iglesia y la tradición, sino de la intersección entre moral religiosa, presión social y control ideológico. La población vive atrapada entre la costumbre, el miedo al qué dirán, la superstición y la propaganda estatal, reproduciendo de manera inconsciente los mecanismos de poder que perpetúan la autoridad de los adultos y del régimen franquista. Delibes, a través de los recuerdos de Daniel, denuncia esta compleja red de opresión que condiciona cada aspecto de la existencia en el valle, ofreciendo así un retrato crítico de la sociedad rural española del primer franquismo.

2.2. La irrupción de la modernidad y el conflicto generacional: tradición, progreso y emancipación

El mundo del valle no permanece aislado, ya que la modernidad irrumpe progresivamente a través de la educación, los cambios sociales y la influencia de experiencias externas que cuestionan la rigidez de la tradición. Delibes pone de relieve cómo los jóvenes comienzan a percibir alternativas a una vida estrictamente regulada por la Iglesia y por la mentalidad cerrada del pueblo. La lógica del progreso, entendida como apertura hacia nuevas ideas y posibilidades vitales, entra así en conflicto con el orden

establecido, tensionando las relaciones intergeneracionales y revelando que la libertad puede construirse frente a la represión y los prejuicios.

Esta irrupción de la modernidad se concreta especialmente en los conflictos entre generaciones, donde tradición y renovación se enfrentan de manera directa. Los jóvenes del valle, representados por Daniel y sus amigos, desafían la autoridad de los adultos y cuestionan la rigidez de las normas religiosas y sociales impuestas. Este enfrentamiento no solo evidencia un choque entre quienes buscan preservar el orden heredado y quienes experimentan nuevas formas de vivir y de pensar, sino que refleja un proceso de transformación profunda del pensamiento social.

A través de los recuerdos de Daniel, Delibes muestra que, pese al control ejercido por la Iglesia y la comunidad, los jóvenes consiguen conquistar espacios de libertad, ya sea en el juego, en el amor o en la relación íntima con la naturaleza. La búsqueda de intimidad, la reivindicación del placer y la afirmación del amor como experiencias legítimas se presentan como gestos de resistencia frente al autoritarismo y la moral represiva del nacionalcatolicismo. De este modo, el conflicto generacional deja de ser un simple enfrentamiento de poder para convertirse en un proceso de emancipación personal y social, mediante el cual los personajes construyen su identidad cuestionando lo heredado y afirmando la autonomía, la solidaridad y la capacidad de decisión individual en un contexto profundamente conservador.

El mundo del valle no permanece aislado ni impermeable al cambio, pues la modernidad irrumpe de forma progresiva a través de la educación, las experiencias externas y, sobre todo, mediante una creciente crisis de legitimidad de los discursos tradicionales. Delibes pone de relieve cómo la autoridad de la Iglesia, pilar del orden social y moral del valle, aparece profundamente erosionada: la asistencia a la misa ya no responde a una adhesión espiritual auténtica, sino al miedo a la exclusión política y social, así como a la inercia colectiva. Esta pérdida de autoridad simbólica se manifiesta de manera irónica en la actitud de los feligreses, que transforman el sermón en un espacio de distracción y hasta de beneficio económico, fijándose más en los tics retóricos del cura que en el contenido doctrinal de su mensaje. La religión, desprovista de su dimensión trascendente, se reduce así a un ritual vacío, sostenido por la coerción y el hábito.

Esta desacralización no implica, sin embargo, la desaparición del poder eclesiástico, sino su adaptación a una lógica de control social compartida con el régimen franquista. El discurso religioso, lejos de fomentar la acción o el pensamiento crítico, se articula en torno a un fatalismo que presenta la vida como un “camino marcado” por Dios, legitimando la resignación y la inacción frente a la injusticia social.

De este modo, la Iglesia se convierte en portavoz de una ideología que desactiva toda voluntad de transformación, naturalizando las desigualdades y anulando la responsabilidad individual. La modernidad, entendida como apertura hacia nuevas posibilidades vitales y éticas, entra así en conflicto directo con este orden simbólico basado en la obediencia y la aceptación pasiva del destino. El conflicto generacional emerge como el espacio privilegiado donde esta tensión se hace visible.

Pero en el fondo, el recuerdo de la fuga de la Guindilla menor es una reivindicación de la libertad del sexo para todos los mayores que lo quieran hacer, que sean casados o no. Es también sobre todo una reivindicación para la emancipación de la mujer respecto del sexo. Si el sexo está prohibido a todos antes del matrimonio, hay que reconocer que la religión y la sociedad son más exigentes con las mujeres que con los hombres. En una situación parecida a la de la Guindilla menor, toda la responsabilidad recae encima de la mujer, a quien llaman automática y sistemáticamente prostituta, puta, guarra, etc., mientras que el hombre aparece más bien en la sociedad como un macho. Pues todos estos recuerdos de Daniel, en cierto modo, constituyen una denuncia de la represión que conocía la libertad sexual en la sociedad y sobre todo en las mujeres, y por tanto una incursión de la modernidad en Valle.

La interferencia de la Iglesia en la vida íntima de la población alcanzó niveles problemáticos. Esta situación resulta aún más paradójica después de la revolución teórica introducida por el psicoanálisis, particularmente con la obra de Sigmund Freud (1905) sobre la sexualidad humana. Con el psicoanálisis, este médico alemán demostró la centralidad del sexo en la vida humana y dijo que no se debía poner ningún tabú al respecto. La búsqueda del placer sexual es algo normal y no se debe reprimir, a partir de su teoría, se descentralizó las zonas erógenas. Para Freud, el aparato genital no es la única zona erógena, sino que lo es todo el cuerpo. Defiende una liberalización del sexo. En la Europa del siglo XX, era poco imaginable que un país quisiera seguir teniendo tales concepciones respecto de la sexualidad de su pueblo.

En la novela *El Camino*, Don José, el párroco y la Guindilla mayor acosaban a los jóvenes que a su edad, necesitaban divertirse, y por eso los domingos, se daban cita en los prados y los bosques para estar en su intimidad. Para poner fin a estas fiestas, don José y la Guindilla mayor se arreglaron para montar un cine en el pueblo, porque según pensaban, eso calmaría el libertinaje de los jóvenes. Pero fue un fracaso porque en plena emisión de las películas, los jóvenes seguían haciendo lo mismo que en los bosques, lo que obligó a los dos devotos a abandonar las proyecciones en el cine. Pero la Guindilla mayor no perdió esperanza en poner fin al libertinaje en el pueblo:

-“Don José-le dijo al cura, al despedirse-, seguiré luchando contra la inmoralidad. No lo dude. Yo sé el modo de hacerlo.”

Para conseguir su proyecto, decidió acudir personalmente a los lugares “del pecado” y enfrentarse directamente con los malos católicos que infringían la ley divina. Pero es muy ridículo por parte de las autoridades españolas, tanto las estatales como las espirituales, el querer impedir una cosa tan natural y legítima como el sexo. Y el narrador, a través del lenguaje irónico que utiliza y de cómo cuenta la historia, hace un humor que expresa muy bien esta insensatez y el delirio de la Guindilla mayor:

Y al domingo siguiente, al anochecer, tomó una linterna y salió sola a recorrer los prados y los montes. Tras los zarzales y en los lugares más recónditos y espesos encontraba alguna pareja de tórtolos arrullándose. Proyectaba sobre los rostros confundidos el haz luminoso de la linterna.

-Pascualón, Elena, estáis en pecado mortal-decía tan sólo. Y se retiraba. Así recorrió los alrededores sin fatigarse, repitiendo incansablemente su terrible admonición:

-Fulano, Fulana, estáis en pecado mortal...

"Ya que los mozos y mozas del pueblo tienen la conciencia acorchada, yo sustituiré a la voz de su conciencia", se decía. Era una tarea ardua la que echaba sobre sí, pero al propio tiempo no estaba exenta de atractivos. (p. 154).

Pero lo importante es la respuesta de los jóvenes a tal vulneración de sus derechos. Ellos, de una manera muy contundente, se opusieron a aquella locura de la Guindilla mayor por unas broncas estremecedoras y hasta intentaron lincharla:

Los mozos del pueblo soportaron el entrometimiento de la Guindilla en sus devaneos durante tres domingos consecutivos. Pero al cuarto llegó la insurrección. Entre todos la rodearon en un prado. Unos querían pegarla, otros desnudarla y dejarla al relente, amarrada a un árbol, toda la noche. Al fin se impuso un tercer grupo, que sugirió echarla de cabeza a El Chorro. La Guindilla, abatida, dejó caer la linterna al suelo y se dispuso a entrar en las largas listas del martirologio cristiano; aunque, de vez en cuando, lloriqueaba, y pedía, entre hipo e hipo, un poquitín de clemencia (p. 154).

Es importante el final de la historia de la Guindilla con los jóvenes del pueblo porque, al fin y al cabo, ganó la libertad sobre la opresión. Es más, la misma Guindilla, salvada de las manos de los jóvenes por Quino, acabó besando a éste por lo emocionada que era después del rescate. Se encontró al final en la misma situación que los jóvenes, besándose con un hombre intensamente sin estar casada con él. La Guindilla mayor se enamoró de Quino y no dejaba de pensar en él y de tener fantasías. Era más fuerte que ella, ya que aunque sabía que las fantasías representaban un pecado, confesó no poder evitarlas ni querer hacerlo:

Dos semanas después, la Guindilla mayor fue a ver de nuevo a don José. -Señor cura, ¿es pecado desear que un hombre nos bese en la boca y nos estruje entre sus brazos con todo su vigor, hasta destrozarnos? - Es pecado. -Pues yo no puedo remediarlo, don José. Peco a cada minuto de mi vida. (p. 174).

Entonces, es la victoria del amor sobre el odio, de la libertad sobre la opresión, eso es el sentido de esos recuerdos de Daniel, el personaje principal de la novela. A través de los recuerdos que hace, está mostrando que la libertad no se ofrece en un plato de oro, sino que se adquiere por la acción, y que nada puede contra la voluntad de un pueblo. A pesar de la fuerza de la máquina represiva, el pueblo puede liberarse cuando lo quiera. Pues está llamando a un cambio social. Pero según Daniel, para poder defender sus derechos y libertades, el pueblo necesita otra actitud diferente de la que tiene. Por eso, Daniel, igual que a la represión de la Iglesia, critica también la mentalidad vigente en la sociedad española del primer franquismo.

A pesar del discurso fatalista del cura, Daniel y los jóvenes del valle comienzan a cuestionar el determinismo social y moral que se les impone. La figura del padre de Daniel, que rechaza para su hijo el destino que a él mismo le había sido asignado y apuesta por la educación como vía de progreso, refuerza esta fractura entre tradición y modernidad. Daniel, el Mochuelo, encarna finalmente una ética de la acción que se opone

al inmovilismo promovido por el nacionalcatolicismo: su decisión de abandonar el valle para formarse no responde a una huida, sino a la voluntad de regresar transformado y contribuir a mejorar la vida colectiva. A través de este gesto, Delibes propone una concepción de la modernidad basada no en la negación del pasado, sino en la emancipación individual, la justicia social y la responsabilidad frente al futuro, situando la libertad como horizonte fundamental frente a la resignación heredada.

La tradición y el control moral de la Iglesia forman un marco restrictivo que enfrenta la irrupción de la modernidad y los deseos de libertad de los jóvenes. La tensión entre el conservador y el progresista, entre el fatalismo impuesto por la autoridad y la voluntad de cambio de los individuos, constituye un eje central de *El Camino*. Delibes muestra que la transformación social y cultural no surge de manera automática, sino que se construye a través de la acción consciente y de la confrontación entre generaciones, preparando el terreno para reflexionar sobre la relación entre individuo, comunidad y cambio social.

Conclusión

A lo largo de este estudio se ha puesto de manifiesto que *El camino* de Miguel Delibes articula una reflexión profundamente ambigua y compleja sobre la relación entre tradición y modernidad en la España de la posguerra. Lejos de inscribirse en una lógica maniquea que oponga un pasado idealizado a un progreso necesariamente emancipador, la novela construye un espacio narrativo en el que ambos polos aparecen atravesados por tensiones, contradicciones y costes humanos. Esta ambivalencia constituye uno de los rasgos centrales de la mirada crítica de Delibes sobre el proceso de modernización impulsado en el contexto del primer franquismo.

Por un lado, el mundo rural del valle se presenta como un espacio de arraigo afectivo, de continuidad cultural y de relación orgánica con la naturaleza. A través de la mirada infantil de Daniel, el Mochuelo, la naturaleza se configura como un elemento constitutivo de la identidad individual y colectiva, capaz de ofrecer refugio emocional, sentido de pertenencia y valores humanos fundamentales como la solidaridad, la sencillez y el respeto por los ritmos vitales. Sin embargo, esta misma tradición aparece también asociada a mecanismos de control social, inmovilismo moral y represión de la libertad individual, especialmente en lo que concierne a la sexualidad, la autonomía de las mujeres y la capacidad crítica de los jóvenes.

La Iglesia y la tradición, pilares del orden social del valle, actúan como instrumentos de vigilancia y normalización de las conductas, reforzados por la presión del “qué dirán”, la superstición y la interiorización del miedo a la exclusión. En este sentido, Delibes ofrece una crítica indirecta pero incisiva del nacionalcatolicismo franquista, mostrando cómo la moral religiosa y la ideología dominante contribuyen a naturalizar la resignación, a desactivar la acción y a perpetuar estructuras arcaicas de poder. La obsesión por la honra, la represión de la intimidad y la estigmatización de la mujer revelan el coste humano de un sistema que antepone la apariencias moral al bienestar y a la felicidad de los individuos.

No obstante, la novela no presenta la modernidad como una solución plena ni exenta de pérdidas. La partida de Daniel a la ciudad simboliza la entrada en un nuevo horizonte vital marcado por la educación, el progreso y la posibilidad de transformación social, pero también por la ruptura con un mundo íntimo y familiar. La modernidad

aparece así asociada tanto a la emancipación como al desarraigo, configurándose como un proceso inevitable pero doloroso. Esta ambigüedad se refleja en la nostalgia que impregna los recuerdos del protagonista y en la conciencia de que el progreso implica, al mismo tiempo, ganancia y pérdida.

El conflicto generacional se erige, en este contexto, como el espacio privilegiado donde se manifiesta la tensión entre tradición y modernidad. A través de la resistencia de los jóvenes frente a la moral represiva y del cuestionamiento del fatalismo religioso, Delibes sugiere que la transformación social no es automática ni impuesta desde arriba, sino el resultado de una toma de conciencia y de una ética de la acción. La libertad no se presenta como un don, sino como una conquista que exige enfrentarse a las normas heredadas y asumir la responsabilidad del cambio.

En definitiva, *El camino* propone una reflexión crítica sobre el progreso que rehúye tanto la nostalgia acrítica como el entusiasmo ingenuo por la modernización. Delibes invita al lector a pensar la modernidad no como negación del pasado, sino como una relectura consciente de la tradición, capaz de preservar sus valores humanos sin reproducir sus mecanismos de opresión. Desde esta perspectiva, la novela se consolida como una obra clave de la narrativa de posguerra, cuya vigencia reside en su capacidad para interrogar los procesos de cambio social y para situar la libertad, la dignidad humana y la responsabilidad individual en el centro del debate sobre el progreso.

Referencias bibliográficas

- CELA Camilo José, 2016, *La familia de Pascual Duarte*, Destino.
- DELIBES SETIÉN Miguel, 1996, *El Camino*, Barcelona, Destino.
- FERNÁNDEZ MEDINA Sara. (2008). *La novela rural castellana de Miguel Delibes: Historia de un éxodo* (Tesis doctoral, Texas Tech University).
- FREUD Sigmund, 1992, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Madrid, Alianza Editorial.
- HICKEY Leo. (1968). *Cinco horas con Miguel Delibes: El hombre y el novelista*. Editorial Prensa Española.
- SENDER Ramón José, 2003, *Réquiem por un campesino español*, Barcelona, Destino.